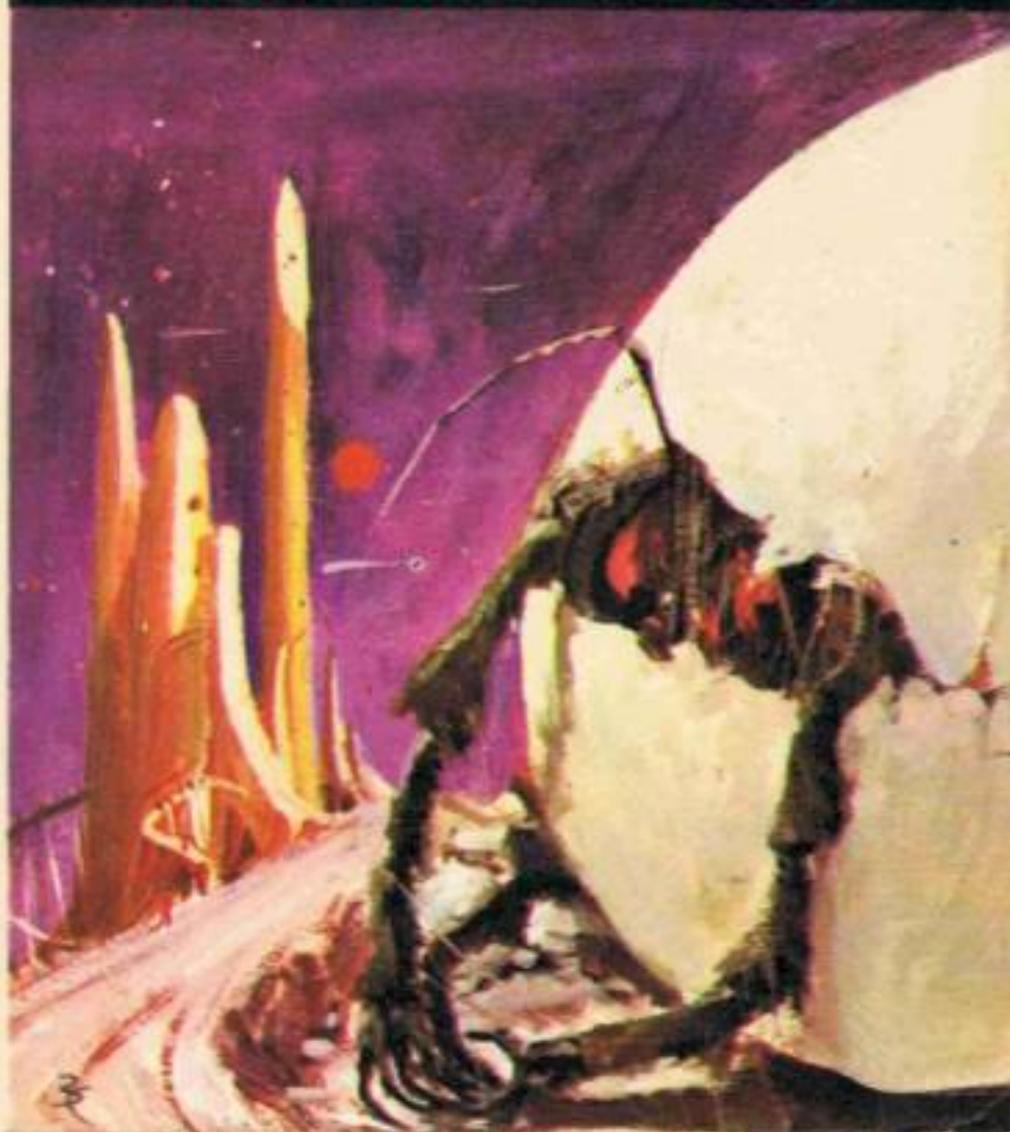


CIENCIA FICCION

SELECCION **13**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *La SF y el tema de la incomunicación*, Carlo Frabetti.

Cinosura (Cynosure), Kit Reed, 1964.

Joven ante una puerta a medio abrir (Young Girl at an Open Half-Door), Fred Saberhagen, 1968.

Descongélate y cumple tu condena (Thaw and Serve), Allen Kim Lang, 1963.

Veo a un hombre sentado en una silla y la silla le está mordiendo una pierna (I See a Man Sitting in a Chair and the Chair is Biting his Leg), Robert Sheckley & Harlan Ellison, 1967.

La tercera mano (A Third Hand), Dean R. Koontz, 1969.

El objeto del espacio exterior y los perritos de las praderas (The Thing from Outer Space and the Prairie Dogs), Gahan Wilson, 1964.

Cantabile (Cantabile), John Decles, 1964.

Huevos fatídicos (The Fatal Eggs), Mikhail Bulgakov, 1964.

PRESENTACIÓN

La SF y el tema de la incomunicación

Es evidente que vivimos en un mundo que condena al hombre a la soledad. En un sistema en el que la competencia a todos los niveles parece ser la motivación más poderosa, el individuo se acostumbra a ver a los demás como rivales más que como semejantes: el espíritu de solidaridad queda ahogado por la agresividad, impuesta por las circunstancias.

Nada más lógico, entonces, que en una época en que los sociólogos empiezan a hablar de la «muchedumbre solitaria», los escritores de fantasía especulativa se pregunten por el futuro de las relaciones humanas, cuya progresiva neurotización es probablemente el síntoma más alarmante de una sociedad cada vez más enferma.

Partiendo de tan poco halagüeñas premisas, los autores de SF^[1] han concebido visiones realmente terroríficas (que por cierto no suelen ser simples expresiones de pesimismo, como interpretan algunos críticos poco sutiles, sino llamadas de atención destinadas a actuar como revulsivos); tal es el caso de la despiadada sociedad futura descrita en Descongélate y cumple tu condena, que, bien mirado, no es demasiado distinta de la nuestra. Aunque a menudo una historia humorística, incluso aparentemente anecdótica, puede ser tanto o más terrible que el relato más desgarrar-

dor: es el caso de Cinosura, donde el «apacible» mundo de las amas de casa aparece en toda su reveladora sordidez.

En su tradicional vertiente poética, el tema de la soledad también tiene cabida en la SF actual, como lo demuestra Joven ante una puerta a medio abrir, con su patética conclusión de que «no hay ningún lugar seguro para los que aman», o esa canción de extrañas resonancias que se titula precisamente Cantabile.

Un apartado muy específico de la SF, dentro de esta temática, es el de la soledad de los «diferentes», como ese melancólico superhombre sin piernas ni brazos que, en La tercera mano, se enfrenta con una organización criminal por el poder de su mente, o el solitario cosechero de plancton, protagonista del relato de Sheckley-Ellison, cuya soledad se convierte en algo irónicamente trágico al verse envuelto en la más increíble aventura amorosa.

Y tal vez hubiera que acabar esta presentación hablando de la soledad del lector de SF. Pero, sobre eso, ¿qué podría decirle que usted ya no sepa?

CARLO FRABETTI

CINOSURA

Kit Reed

El lector asiduo (¡ha de haber al menos uno!) de estas antologías ya conoce a la señora Kit Reed (La parra, El tigre automático) y su certero, y a menudo escalofriante, sentido crítico. Si le parece exagerada la siguiente parábola sobre un ama de casa de un futuro inmediato... es que no tiene usted televisor.

—Puede que a la señora Brainerd le molesten los niños, Polly Ann; así que es mejor que te vayas a tu cuarto con «Puff» y «Ambrosio» hasta que lo sepamos.

Polly Ann se estiró el jersey sobre su torso de niña de diez años y recogió al gato, sacudiendo los rizos al andar.

—Sí, mamá. —Cerró la puerta de su habitación y volvió a abrirla con una sonrisa pícara y preadolescente—. «Ambrosio» acaba de hacer un charco en la alfombra.

La campanilla de tres notas sonó en la puerta: Ding, dang, dong. Norma hizo un gesto frenético.

—No importa.

—Va-le.

La puerta se cerró tras Polly Ann.

Luego, dando unos golpecitos a sus almohadones de tejido de seda, y pasando la mano sobre el roble pulido del televisor, Norma Thayer, el ama de casa, fue a abrir la puerta.

Había sido ama de casa durante años. Fregaba y cocinaba e iba al mercado y compraba todos los nuevos aparatos que anunciaban. Precisamente ahora estaba un poco susceptible a propósito de eso porque, a pesar de lo limpia que era, su marido acababa de dejarla, y ni siquiera había otra a quien culpar. En adelante, tendría que ser extremadamente cuidadosa con ella misma, divorciada como estaba, especialmente ahora que ella y Polly Ann vivían en un nuevo vecindario. Realmente habían tenido un buen comienzo, porque su nueva casa en el nuevo polígono, era casi exactamente como todas las demás de la manzana, sólo que pintada de rosa, y su mobiliario tenía la misma forma

y estilo que los que había en las otras salas de estar, abierta al visible comedorcito de formica; ella lo sabía porque había ido a dar una vuelta en una noche oscura y se había fijado.

Pero, a la vez, ella y Polly Ann no tenían un papá que llegase a casa a las cinco, como ocurría en las otras casas; y aun cuando ella y Polly Ann habían marcado su casa con números de hierro dulce y sacaban la basura en bolsas de plástico de color claro, aun cuando habían centrado su mejor lámpara detrás de la ventana y la cocina era palmo a palmo tan bonita como el folleto decía, la falta de un papi que sacara la basura y cultivara el jardín los sábados y domingos, como todo el mundo, ponía a Norma en desventaja.

Norma sabía, mejor que nadie en la manzana, que una casa seguía siendo una casa aunque no hubiera un padre, y las cosas podían ir incluso mejor, a la larga sin todas esas colillas y esos pijamas sucios que recoger. Pero ella era, en cierto modo, un pionero, porque, por el momento, era la primera en el bloque para demostrarlo.

En aquel instante su vecina estaba presentándose para su primera visita, y el hacendoso corazón de Norma se encogía. Si todo salía bien, la señora Brainerd miraría el sofá seccional y la alfombra moteada de algodón y lana —con el reverso de gomaespuma— y vería que con papá o sin él, Norma era tan buena como cualquier ama de casa de las revistas, y que sus trapos de cocina estaban tan limpios como cualesquiera de los del vecindario. Entonces, la señora Brainerd le daría una receta y la invitaría al próximo almuerzo, el cual, si su memoria no la engañaba, sería en casa de la señora Dowdy, la encalada de la manzana contigua. Arreglándose la parte delantera de su bata Remolino, la señora Thayer abrió la puerta.

—Hola, señora Brainerd.

—Hola —dijo la señora Brainerd—. Llámame Clarice. — Pasó su mano por el montante—. Maderaje realmente

agradable.

—Xerox —repuso Norma con una pequeña sonrisa de orgullo al dejarla pasar.

—El pomo de la puerta revestido de metal —siguió la señora Brainerd.

—Va maravillosamente. He preparado algo de café —dijo Norma—. Y un pastel...

—No pruebo el pastel —añadió la señora Brainerd.

—Es sin grasa...

—Galletas Metro —continuó la señora Brainerd, y su mandíbula se había puesto blanca y firme—. Y nada de azúcar. Sacarina.

—Si te sientas aquí...

Norma empujó la silla más cómoda.

—Gracias, no.

La señora Brainerd alisó su bata Remolino y siguió a Norma a la cocina. Era pequeña, cotilla, llevaba los labios pintados y estaba hecha de acero. Norma advirtió con un estremecimiento culpable que la señora Brainerd sujetaba el cuello de su bata con un alfiler «Sweetheart».

—Algo especial —dijo la señora Brainerd, dándose cuenta que ella lo había visto—. Lo conseguí con etiquetas de «La Verdadera Margarina». —Rozó a Norma al pasar, pero ni miró hacia el querido rincón para la cena—. Manchas que no se van ni blanqueando —prosiguió, fijando la vista en el fregadero.

Norma se sonrojó.

—Lo sé. He restregado y restregado. Incluso usé directamente el líquido blanqueador.

Bajó la cabeza.

—Bueno —Clarice Brainerd buscó en el bolsillo de su falda floreada y sacó un recipiente de espolvorear—. Aquí está —repuso con una bellísima sonrisa.

Norma reconoció la marca.

—¡Oh! —exclamó, casi llorando de gratitud.

Clarice Brainerd ya se había dado la vuelta para marcharse.

—Y el bote está decorado; así que estarás orgullosa de tenerlo en tu sala de estar.

—Lo sé —afirmó Norma, profundamente conmovida—. Me haré con dos.

Su vecina estaba ahora junto a la puerta de atrás. Norma salió, suplicante:

—No te vas a ir, sin siquiera probar mi pastel, ¿verdad?

—Simplemente, prueba ese limpiador —dijo Clarice—. Ya volveré.

—El café de media mañana; supongo que deseas que vaya al...

—Quizá la próxima vez —manifestó su vecina, intentando ser amable—. Ya sabes; tendrás que invitarlas aquí un día y... —Miró significativamente al fregadero—. Simplemente usa esto —añadió tranquilizadora—. Y volveré.

—Lo haré. —Norma se mordió el labio, desgarrada entre la esperanza y la desesperación—. ¡Oh, lo haré!

—Pastel —dijo Polly Ann justo cuando la puerta se cerraba tras la sonrisa, mecánicamente articulada, de la señora Brainerd.

Había entrado en la cocina con «Puff», el gatito, y «Ambrosio», el sabueso, dejando un rastro de polvo y pelos.

—Creo que «Ambrosio» está enfermo.

Se sirvió un zumo de uvas salpicando gotas al hacerlo. Una mancha púrpura empezó a extenderse por el fregadero.

Norma buscó el limpiador, intentando desesperadamente detener la mancha.

—Acaba de repetirlo en la sala de estar —repuso Polly Ann.

El aliento de Norma se quebró en un sollozo. Dejando el limpiador en el pequeño recipiente que guardaba para ese propósito, se encaminó a la sala con esponja y «Glamorene».

La vez siguiente, la señora Brainerd sólo estuvo escaso medio minuto. Permaneció cerca de la puerta, olfateando el aire. «Ambrosio» lo había hecho otra vez. Dos veces.

—Realmente, esto elimina las manchas que ni el blanqueador arranca —dijo Norma blandiendo el recipiente de limpiador.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Clarice Brainerd sin darle importancia. Entonces se puso a oler—. Esto hará maravillas en sus mohosas habitaciones —prosiguió, dándole a Norma un frasco de desodorante aerosol, y se dio la vuelta sin siquiera entrar; cerró la puerta.

Norma se preparó durante cuatro días para el momento en que invitó a la señora Brainerd a echar una mirada a su hornillo de gas.

—Tengo algunos problemas con la parte superior de los estantes del horno —le confió por teléfono. Justamente había empleado días en asegurarse que éstos estuvieran inmaculados—. Me preguntaba si tú sabrías decirme qué debería usar —concluyó para halagarla, pensando que, cuando Clarice Brainerd viera que Norma se preocupaba por la suciedad de un horno que estaba más limpio que cualquier otro del barrio, le entraría un asombro reverencial y, consternada, tendría que invitarla a la hora del café del próximo día.

En el último momento, Norma tuvo que echar a Polly Ann de la sala.

—¡Sólo estaba haciéndole un vestido a «Ambrosio»! —exclamó Polly Ann poniéndose sus pantuflas y recogiendo el trozo de tela y las agujas.

Fuera de sí, Norma la hizo huir por el *hall* hasta su cuarto.

La señora Brainerd, olfateando el aire sin siquiera pararse a decir «hola», manifestó:

—«Arient» cumplió a la perfección su cometido. Nosotras lo hemos usado durante años.

—Lo sé... —se lamentó Norma, excusándose.

En la cocina, la señora Brainerd permaneció un buen rato con la cabeza dentro del horno.

—Yo no creo que tengas tanto problema —sugirió de mala gana—. De hecho, está muy bien. Pero yo cogería un alfiler y limpiaría esos surtidores de gas.

Su voz quedaba amortiguada a causa del horno y por un momento, Norma tuvo que luchar contra la salvaje tentación de empujarla dentro y abrir la llave del gas.

Luego Clarice continuó:

—Desde luego, está bien. Y gracias, tomaré un poco de tu pastel.

—Sin grasa —añadió Norma, debilitada por la gratitud—. ¿De verdad te sentarás un momento? ¿De verdad tomarás un café aquí sentada?

—Sólo unos minutos.

Norma sacó su mejor servicio de California —el juego del dibujo con gallos— y durante cinco minutos, ella y la señora Brainerd estuvieron relamidamente sentadas en el *living*. Las cortinas de organdí se ondularon, las ventanas y marquetería brillaron; por un momento, Norma casi se imaginó que ella y la señora Brainerd estaban siendo fotografiadas para el anuncio de algún producto en su *living-room*, y que la foto, a todo color, aparecería en el próximo número de su revista preferida.

—Me gustaría mucho hacer arreglos de flores —aventuró Norma, envalentonada por su éxito.

La señora Brainerd no estaba escuchando.

—¿Quizá va a entrar en el Club de Jardinería?

La señora Brainerd estaba mirando hacia el suelo. A la alfombra.

—O quizá la Liga Musical...

Norma miró hacia abajo, hacia donde miraba la señora Brainerd, y su voz se fue apagando.

—Pelos de gato —le replicó la señora Brainerd—. Hilos sueltos.

—¡Oh! Traté de...

Norma se llevó la mano a la boca con un gemido ahogado.

—Y marcas de arañazos en el suelo del *hall*... —La señora Brainerd estaba ya moviendo la cabeza—. Bueno, no es por nada, pero si tuviera que recibir aquí a un grupo a tomar café, con la casa en este estado...

—Es que mi hija ha estado cosiendo —exclamó Norma débilmente—. Ella sabía que iba a tener visita, pero entró de todos modos. Es bastante difícil —prosiguió, intentando sonreír con simpatía—. Cuando se tienen niños...

La señora Brainerd ya estaba en pie.

—El resto de nosotras se las arregla.

Norma hizo esfuerzos para mantener firme su voz.

—Y animales en casa...

—La hora del café —aventuró Norma andando como atontada—. El Club de Jardinería...

Pero la señora Brainerd ya se había ido.

Norma se lamentó:

—Ni siquiera nombró un *producto* que probar.

—Le he hecho a «Ambrosio» un coche de niño —añadió Polly Ann, arrastrando a «Ambrosio» en una caja—. ¿Ya se ha ido esa señora?

—Ya se ha ido —dijo Norma, mirando las señales con que la caja había dejado adornado su parquet—. Quizá para siempre —exclamó, y empezó a llorar—. ¡Oh! Polly Ann, ¿qué podemos hacer? Tendremos que cambiarnos a otro vecindario.

—«Ambrosio» ha volcado el cajón de serrín de «Puff» y ha llenado de ya sabes qué el suelo.

Polly Ann salió de la habitación.

Migas, pelos, hilos, polvo, todo parecía converger sobre Norma, sumiéndola en un remolino y haciéndola girar, acorralándola, hundiéndola en la más negra desesperación. Se arrellanó en el sofá, demasiado anonadada para poder llorar; y entonces, al mirar al suelo, vio una revista que resalta sobre la alfombra y las cosas comenzaron a cambiar.

«Acabe con las penalidades domésticas —decía el anuncio—. Su casa puede convertirse en la cinosura del vecindario.»

Norma no estaba segura sobre el significado de cinosura, pero estaba la foto de una señora inmaculada y resplandeciente, sentada en medio de una sala de impecable limpieza, con una inmaculada cocina avistándose por la puerta del frente. Temblando de esperanza, cortó el cupón adjunto, advirtiendo sin inquietud que conseguir el producto o aparato, o lo que fuese, le costaría el resto de sus ahorros. Pero la satisfacción estaba garantizada y, si resultaba satisfecha, valía la pena el gasto de cada céntimo.

Resultaba poco atrayente cuando lo llevaron. Se trataba de una caja pequeña y acanalada; protegida dentro con virutas, había una máquina pequeña y cubierta de esmalte color lavanda. Juntos venían un cubo y una manguera, también color lavanda. Curiosa, Norma empezó a hojear el libro de instrucciones. Cuando lo leyó, empezó a sonreír, porque ahora todo parecía poder arreglarse.

—«Los efectos no son necesariamente permanentes —leyó en voz alta para aliviar su conciencia—. Pueden ser invertidos usando el manómetro verde de la parte superior.» ¡Oh, «Puff»! —llamó, pensando en los blancos pelos de angora que habían manchado tantas veces sus alfombras—. Ven aquí, «Puff».

El gato entró con una mirada de insolencia.

—Ven aquí —repitió Norma apuntándole con la manguera—. Ven, gatito.

Cuando «Puff» se acercó, puso en marcha la máquina.

Un penetrante zumbido llenó la habitación, débil pero inequívoco.

Caro o no, aquello valía la pena. Tenía que admitir que ninguno de sus limpiadores caseros cumplía tan rápidamente su cometido. En menos de un segundo, «Puff» estaba inmóvil, con los ojos desviados y el lomo recto, pero inmóvil; con un aspecto especialmente esponjoso y tan natu-

ral como la misma vida. Norma lo compuso artísticamente junto al aparato de televisión y luego se puso a buscar al perro de Polly Ann. Hizo a «Ambrosio» sentarse y pedirle la galleta que ella le presentaba; justo cuando la asía, ella encendió la máquina y lo paralizó en una décima de segundo. Cuando hubo acabado, lo apuntaló al otro lado del televisor y guardó cuidadosamente la máquina.

Polly Ann lloró un poco al principio.

—Cielo, si nos cansamos de tenerlos así, no tenemos más que hacer trabajar la máquina y ya estarán corriendo otra vez. Pero ahora, la casa está tan *limpia*; ¿ves qué bonitos están? Pueden ver y oír todo lo que quieras —concedió, enjugando las pegajosas lágrimas de la niña—. Y mira, puedes vestir a «Ambrosio» con todo lo que desees sin que él se mueva siquiera.

—Eso creo —contestó Polly Ann estirándose su vestido de terciopelo. Le dio a «Ambrosio» un pequeño empujón—. Y mira qué poquita suciedad hacen.

Polly Ann hizo saludar a «Ambrosio» doblándole la pata. Siguió en pie.

—Mamá, creo que tienes razón.

La señora Brainerd pensó que el perro y el gato eran muy bonitos.

—¿Cómo hace para tenerlos tan quietos?

—Un producto nuevo —repuso Norma con una farisaica sonrisa, sin decirle a la señora Brainerd de qué producto se trataba—. Voy a buscar el pastel —prosiguió—. Sin grasa.

—Sin grasa —contestó automáticamente la señora Brainerd haciéndole eco y sonriendo casi con anticipación.

Moviéndose con el donaire de una reina, Norma sacó al *living* la bandeja del café.

—Ahora, a propósito de la hora del café —dijo dándolo por sentado, ya que la señora Brainerd había cogido su ta-